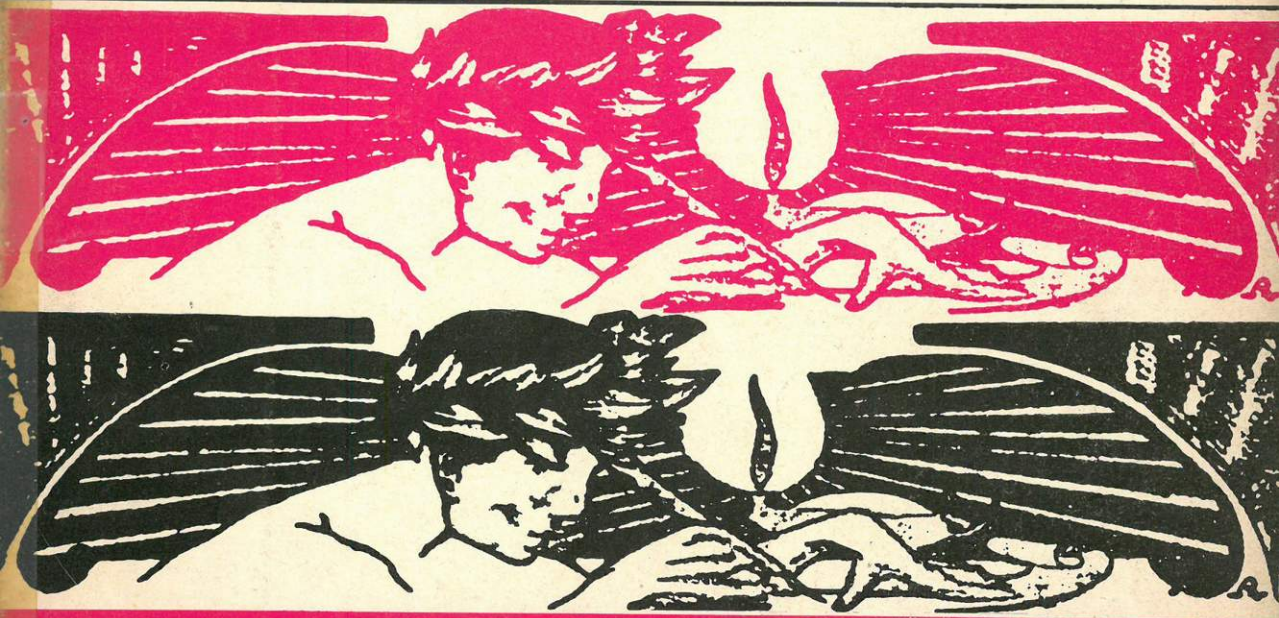
CAPITULO

la historia de la literatura argentina

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

44



El ensayo moderno: Martínez Estrada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CAPITULO

la historia de la literatura argentina

44. El ensayo moderno: Martínez Estrada

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Rodolfo A. Borello, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 45:

LA CRITICA MODERNA

— COMIENZOS DE SIGLO: ESCRITORES Y PUBLICO
— EL HISTORICISMO NACIONALISTA: ROJAS
— LOS CRITICOS DE LOS AÑOS TREINTA
— LA CRITICA UNIVERSITARIA
— LA NUEVA CRITICA
— LA CRITICA EN DIARIOS Y REVISTAS

y junto con el fascículo, el libro LA CRITICA MODERNA (selección)

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, y del Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Capítulo. La historia de la literatura argentina. Nº 44. Buenos Aires: CEAL, 1967. Autor del fascículo: Rodolfo A. Borello. Revisión: Adolfo Prieto.

El ensayo moderno: Martínez Estrada

Entre el 80 y 1925. — Entre la generación del 80 y las obras de Martínez Estrada se extiende un largo período ocupado por numerosos ensayistas y pensadores que pueden agruparse cronológicamente en tres generaciones: la de 1896, la de 1910 y la de 1925.

La primera de ellas, que ideológicamente reitera el positivismo de la del 80, posee tres nombres fundamentales: Juan Agustín García, Agustín Alvarez y Joaquín V. González. Junto a ellos debemos colocar a José Ingenieros y Carlos O. Bunge, que prolongan —como una sobrevivencia anterior— el positivismo cientificista hasta 1925. En este grupo de autores hallamos matices ideológicos muy distintos; así por ejemplo, en Ernesto Quesada y Juan Agustín García, lectores de Taine, Renán y Le Bon, se notan las influencias de Hegel, Schopenhauer y el positivismo jurídico.

Pero también hubo escritores con acentuadas preocupaciones religiosas e ideologías idealistas, como González, o pensadores que se convertirán en mentores de la generación siguiente y sirven de puente con ella, como Alejandro Korn, que rechazó el cientificismo y la teología, aunque admitiendo algunos resultados del positivismo. En esta generación debemos colocar también a José N. Matienzo (1860-1936), Norberto Piñero (1858-1938), Víctor Mercante (1870-1934) y Rodolfo Senet (1872-1938).

En general, los hombres del positivismo cientificista buscaron las notas características de lo argentino en hechos determinados por factores externos: el medio, la raza, la herencia, el ambiente, etcétera. Y todos ellos, a excepción de González y Quesada, rechazaron acremente la herencia hispánica e indígena, creyeron ferviente y acríticamente en el Progreso, admiraron las virtudes sajonas por sobre las debilidades y "lirismos" latinos, y se mostraron un poco avergonzados de ser criollos, mestizos, hispanoamericanos y de hablar español. Confundieron la dependencia colonial con defectos raciales, sin vincularla a una política perfectamente explicable.

La generación del Centenario, o de 1910, estuvo constituida por un conjunto de escritores que trajeron "a la cultura y el pensamiento argentinos nuevos criterios y puntos de vista para apreciar el mundo y la vida y orientar todas las actividades humanas" (Diego F. Pró). Los hombres de esta generación rechazan el mercantilismo, el determinismo y el positivismo en que habían nacido. Y hasta llegó a molestarles la fiebre de riquezas que dominaba todavía a todo el país. Leyeron a Dilthey, Kant, Rickert y sobre todo a Bergson, Croce y Gentile. La vida filosófica se enriquece extraordinariamente con la llegada de destacados maestros que difunden las corrientes alemanas: Félix Krüger, que enseñó psicología a partir de 1906; Juan Chiabra, neokantiano; Keiper, cuyo suplente se llamó Alejandro Korn; en 1916 llegó Ortega y Gasset, dos años más tarde Eugenio D'Ors, y después García Morente.

Entre los hechos más destacados vividos por esta generación debemos contar la ley Sáenz Peña de voto secreto y obligatorio, que permitirá la llegada al poder de Hipólito Yrigoyen, en 1916, y con él la apertura de tres lustros muy importantes en la historia argentina. La Reforma Universitaria de 1918 fue un acontecimiento de incalculables proyecciones que abrió un proceso ya acabado, pero valioso para la historia de la enseñanza superior argentina.

En ese mismo año de 1918 se fundó el Colegio Novecentista, entidad a la que pertenecieron Coriolano Alberini, Benjamín Taborda, Carlos Ibarguren, Luis María Torres, Emilio Ravignani, Tomás Casares, B. Ventura Pessolano, Jorge Max Rhode, Lidia Peradotto, Ricardo Rojas y muchos otros hombres de esta generación. Cuando pocos meses más tarde estalló la Reforma en Córdoba,

Eugenio D'Ors

Alejandro Korn

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hipólito Yrigoyen en los balcones de la Casa Rosada, después de asumir por segunda vez la presidencia, en 1928

el Colegio y sus hombres la apoyaron calurosamente.

Idealistas, proclamaron con orgullo la importancia de la herencia hispánica y de los antepasados indígenas. Frente al cosmopolitismo admirativo de lo europeo, denunciaron agriamente lo exótico que estaba deformando el alma argentina, y se preocuparon por dotar al país de una escuela que tuviera contenidos e ideas nacionales. Fueron, en general, nacionalistas; liberales o conservadores en política y defensores apasionados de lo hispanoamericano frente a los imperialismos, ya económicos, ya culturales. En esta generación encontramos, más o menos explícitas, muchas de las ideas que el nacionalismo de derecha, de centro o de izquierda, manejará en la Argentina a partir de 1930. Formas larvadas o manifiestas de fascismo ingenuo en Gálvez; nacionalismo liberal y sobre todo culturalista en Rojas; antiimperialismo nacionalista e hispanoamericanismo con ribetes socialistas en Ugarte.

Además de los citados forman esta generación (siempre limitándonos a los ensayistas en general, y excluyendo a los críticos literarios); Carlos Ibarguren (1877-1956), Ernesto Nelson (1873), Juan B. Terán (1880-1938), Alfredo Palacios (1880-1965), José León Pagano (1875-1964), Juan P. Ramos (1878-1959), Saúl Taborda (1885-1945), Deodoro Roca (1891-1942). En general, los ensayistas del Centenario (Gálvez, Rojas, Lugones), asientan la argentinidad en el interior, intocado, provinciano, no inficcionado por el exotismo importado del Litoral. Su actitud tiene raíces románticas que no excluyen la utilización de ideas a veces claramente positivistas (como la creencia en la raza); por lo común impera una indiscriminada tendencia a creer firmemente en valores no objetivamente demostrados: el pasado, la tradición.

La historia nacional anterior al período inmigratorio de fines del siglo XIX les parece depositaria de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo prístinamente argentino, puesto ahora en peligro por la invasión de razas y valores extraños a la nacionalidad.

Indigenistas o criollistas intentaron destacar algunos de los rasgos psicológicos o axiológicos que definen un tipo argentino, contemplado siempre de manera subjetiva y a partir de factores irracionalmente captados y valorados. Si hicieron obra efectiva en la defensa de ciertos valores y hechos despreciados por los hombres del 80, en muchos sentidos expresan también la actitud conservadora de ciertas clases (el patriciado, por ejemplo) que, al perder el poder político confundían esos cambios con verdaderas hecatombes sufridas por un vago espíritu nacional del que al parecer eran depositarias.

Los ideales, las luchas, los valores sostenidos por la generación de 1910, y hasta gran parte en su historia, pueden leerse en dos revistas claves: *Nosotros* (sobre todo en su primera etapa: 1907-1934), fundada y dirigida por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi. Y la que fundaron Manuel Gálvez y Ricardo Olivera en 1903: *Ideas* (1903-1905).

La generación de 1925 contemplará la madurez nacional en estudios filosóficos. A ella pertenecieron los más valiosos ensayistas que ha tenido la Argentina en este siglo: Ezequiel Martínez Estrada, Raúl Scalabrini Ortiz, Bernardo Canal Feijóo, Jorge Luis Borges. Los discípulos de Martínez Estrada y las corrientes renovadoras del nacionalismo, marxismo y liberalismo serán analizadas aparte.

A esta generación del 25 debe el país los primeros auténticos filósofos argentinos: Luis Juan Guerrero (1899-1957), al que debemos el más hondo análisis filosófico del *Facundo;* Nimio de Anquín (1895); Francisco Romero (1891-1963); Carlos Astrada (1894).

Todas las corrientes filosóficas han tenido representantes: la fenomenología, Simmel, Dilthey y Scheler, en Francisco Romero. Kant, Hegel, el existencialismo alemán y el marxismo en Carlos Astrada. Kant, Hegel, Blondel y Marcel en Angel Vasallo. La filosofía tomista y tradicional en de Anquín, Tomás Casares y Martínez Villada. El realismo filosófico en A. Franceschi. El marxismo contó con dos figuras destacadas: Aníbal Ponce y Emilio Troise.

Conviene detenerse ahora en cada una de estas generaciones antes de pasar al estudio de Martínez Estrada.

La generación de 1896: Positivismo e idealismo: En este grupo de sociólogos finiseculares debe citarse a José M. Ramos Mejía (1849-1914), quien explicó a la investigación histórica sus ideas médico-positivistas, logrando enfoques renovadores no siempre compartibles debido a la utilización acrítica de datos históricos. Así en *Las neurosis de los hombres célebres en la historia* (1880), *Las multitudes argentinas* (1899) y *Rosas y su tiempo* (1907).

Juan A. García (1862-1923), por su parte, criticó con dureza muchos aspectos negativos de nuestra vida intelectual en *Sobre nuestra incultura* (1922), oponiéndose al teatro nacional; su obra más celebrada fue *La ciudad indiana* (1900), ensayo histórico donde, partiendo del positivismo de Taine, analizó la historia de nuestras instituciones, comercio y clases sociales desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII.

Agustín Alvarez (1857-1914), otro distinguido pensador de esta generación, reunió en sus libros un optimismo cientificista con un examen siempre franco y a veces heterodoxo de la realidad nacional. Fue un voluntarista típico y demostró con su vida que era posible dejar la carrera política y militar, y llegar a ser fundador y vicepresidente de la Universidad de La Plata. Todos sus libros y esfuerzos estuvieron dedicados a poner al país en la ruta del progreso, rechazando todo prejuicio de ideas here-

El ensayo de indagación nacional

Sinopsis

1900-1930

Intuiciones que parten de uno o algunos factores no analizados, centrados en una idea general del tipo espíritu de la tierra. **Visión optimista del futuro, que se cumplirá de modo inexorable por el poder determinante de ese o esos factores, que hasta condicionan —oscuramente— las acciones y caracteres argentinos. Olvido de la acción conciente, de planes y luchas históricamente condicionados, de la libertad humana. Julio V. González y Ricardo Rojas. Variante criollista que se acentúa a partir de la generación de 1922. Tipos: criollo, gaucho, malevo. Temas: arrabal, esquinas ciudadanas, Corrientes y Esmeralda, almacenes rosados, etc. Borges, Erro, Scalabrini Ortiz.**

1930-1965

Intuiciones irracionales del tipo anterior, acentuando su poder determinista y convirtiéndolas en verdaderas "invariantes históricas" anteriores a la historia. Influjo del irracionalismo europeo pesimista y telúrico (nacido de la crisis de la cultura europea desde comienzos de siglo), expresado por Spengler, Keyserling, Lawrence, Ortega. Pesimismo patético y angustioso (= no hay salvación posible para el país), nacido de los modelos europeos y de la crisis político-económica de 1930, que dura en nuestro país hasta hoy. Intuiciones deterministas: la tierra, la sangre, la pasión, América sin historia, resentimiento histórico del mestizo, América mundo vegetal, demonismo americano, desarraigo argentino, **etc. V. Ocampo, Mallea, Martínez Estrada, Murena, Kusch, Solero, Mafud.**

1944-1966

Ensayos que intentan interpretar la realidad argentina partiendo de los datos concretos de la realidad social,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

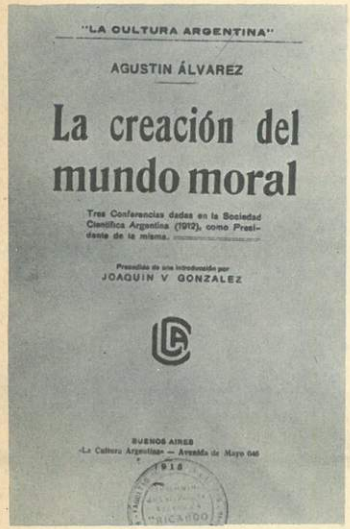
política, económica, histórica. Se ordenan casi siempre sobre ideologías determinadas: liberalismo, marxismo, capitalismo. Irazusta, Canal Feijóo, Hernández Arregui, Silvio Frondizi, Sebreli, Prieto, Rodríguez Bustamante, etc.

dadas, de privilegios o de castas. En *South America* (1894) denunció la falsedad de nuestras instituciones políticas que nada tenían que ver con la realidad que parecían regir. Pronunció juicios lapidarios sobre la vanidad sudamericana y reclamó una identidad más honda entre las leyes que nominalmente nos rigen y las normas no escritas que conducen la sociedad. Su *Manual de patología política* (1899) es un himno a las tendencias utilitarias sajonas, y una acusación a la ineficacia de la heroicidad latina, siempre menos eficaz que el sentido común inglés o norteamericano... *La creación del mundo moral* (1913) apela mucho más que sus otras obras al cientificismo y la moral laica. En ese libro analiza demoledoramente la herencia recibida de España, que sintetiza en dos notas básicas: incapacidad para oponerse disciplinadamente al despotismo, e intolerancia religiosa. Por eso, escribía, debemos estar avergonzados de nuestra pasividad, y debemos aprender que el racionalismo puede darnos una moralidad más amplia que la religión, pues es más altruista. Alvarez proclamaba la necesidad de enriquecer la personalidad humana y moral de nuestro pueblo con algunas virtudes inglesas: la comprensión, la bondad, la tolerancia escéptica, la fraternidad y el confort. Todos estos bienes han sido sacrificados señalaba, en la madre patria, al fanatismo religioso. Este determinismo hereditario se une, en *Transformación de las razas en América* (1906), a la consideración que el entorno geográfico y racial ha tenido en la historia de Sud América. Alvarez relacionaba el retardo económico y social con una incapacidad mental, y la estructura mental era para él producto de la raza. Por eso sostenía que si cambiábamos nuestra mentalidad, haciéndola capaz de adquirir las ideas y formas mentales contemporáneas, tendríamos solucionado el gran problema de nuestro progreso. Las palabras Progreso y Prosperidad aparecen frecuentemente en sus obras, y la Civilización se contempla siempre como el bien incuestionado e indiscutible. Eso explica que le interesara tanto la educación, por ser uno de los medios de cambiar esa forma de estructura mental.

El pensamiento de Alvarez, aunque formado en el positivismo de su época, lo acerca sin embargo mucho más a ciertos pensadores como Emerson, Carlyle o Guyau. Fue sobre todo un moralista enamorado del Progreso, la Prosperidad y el Confort. Admirador —a veces acrítico— del poderío imperial sajón y creyente fervoroso en muchas de sus ideas.

Carlos O. Bunge (1875-1918) escribió una obra enorme y difusa que va desde la novela y el teatro, hasta la psicología, la educación y el derecho. Su fama como sociólogo está centrada en *Nuestra América* (1903), obra que en su segunda edición llevaba como subtítulo "Ensayo de psicología social". Como Alvarez, comienza analizando el carácter español, determinado por la configuración geográfica peninsular, y lo define con algunos rasgos: arrogante, individualista, despótico, dispendioso, ostensivo y despreciador del trabajo manual. Analiza después las otras razas que intervienen en América: los indios sudamericanos (fatalistas, resignados, vengativos), los negros (serviles, infatuados). Las mezclas son tan negativas como los padres: el mestizo es un ser amoral; el mulato es falso, mentiroso y tramposo. Todos incapaces de competir con el blanco... Ya se tendrá idea de cuál es el resultado de todo esto: los hispanoamericanos, que somos su producto, poseemos, según Bunge, tres notas diferenciales: pereza, tristeza y arrogancia. Al final de su libro, Bunge, que ejemplifica una tendencia todavía activa en nuestro país, señalaba que los argentinos no éramos hispanoamericanos, éramos europeos... y ello nos salvaría de estos pecados heredados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

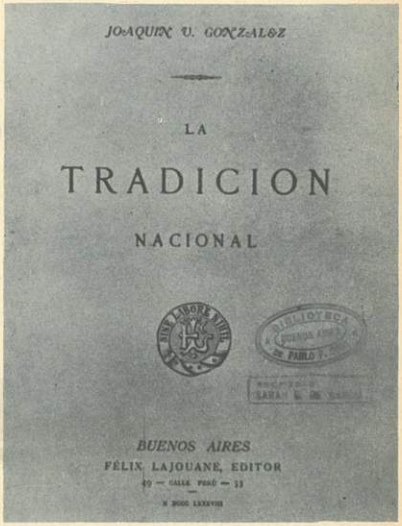


Portada de una de las ediciones de La creación del mundo moral, *de Alvarez*

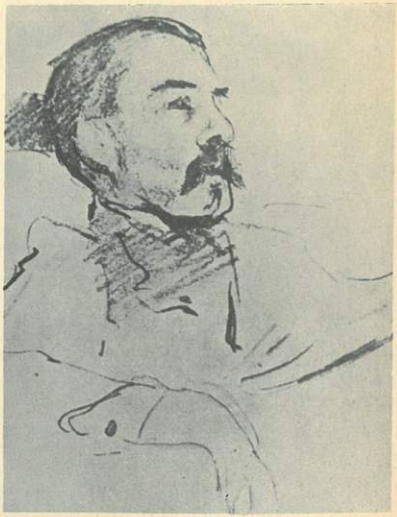
Joaquín V. González (1863-1923) adelanta algunas de las notas definitorias de la generación siguiente. Su vida, trabajada y plena, fue una síntesis de aristocracia intelectual y de ideales democráticos. Fue hombre eficaz en la acción política, en la labor pública y en la obra escrita. Proclamó un patriotismo amplio y generoso, unido a la idea de justicia, sacrificio, amor al vecino y a Hispanoamérica. Sus ideales básicos fueron amor al país, a la democracia y a la humanidad. Como Echeverría, adjudicó a la religión y a la moral un papel importantísimo en la formación de ciudadanos útiles y probos. Por eso la religión, la moralidad y las ciencias fueron los tres pilares sobre los cuales fundó las posibilidades de un país grande y fuerte.

Rechazó la Leyenda Negra antiespañola y reclamó una relación cordial con España. Elogió la herencia hispánica, sus instituciones, su raza, sus virtudes y su lengua. Reconoció que Argentina era una nación de inmigrantes provenientes de países sudeuropeos, y que nuestras tradiciones culturales, en gran parte, son hispánicas. En *La tradición nacional* (1888) examinó nuestra vida histórica y se preocupó por apuntar los materiales necesarios para constituir una tradición argentina, en la que eran importantes el aporte indígena, la tendencia democrática de 1810 y la herencia española. Apuntó que "La literatura de un pueblo es una copia de su naturaleza y su historia...". Cinco años más tarde daba en *Mis montañas* (1893) ejemplo real de esta teoría, describiendo amorosamente su geografía natal. En 1900, en *La Patria*, defendió la necesidad de implantar programas escolares que tuvieran en cuenta nuestra historia, y criticó acerbamente ciertos establecimientos particulares que desconocían y despreciaban la enseñanza de esa tradición argentina.

José Ingenieros (1877-1925) ocupa



Portada de la primera edición de La tradición nacional, *de J. V. González*



Joaquín V. González (croquis de Antonio Alice, 1917)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A partir de la generación del ochenta, diversos escritores cultivan con intensidad y profundidad el género. ensayístico. Entre otros nombres, puede mencionarse a Juan Agustín García, Agustín Alvarez, Joaquín V. González, y después Manuel Ugarte, José Ingenieros y Ricardo Rojas.

Joaquín V. González, frente al establecimiento minero de Santa Florentina, Chilecito (1901)

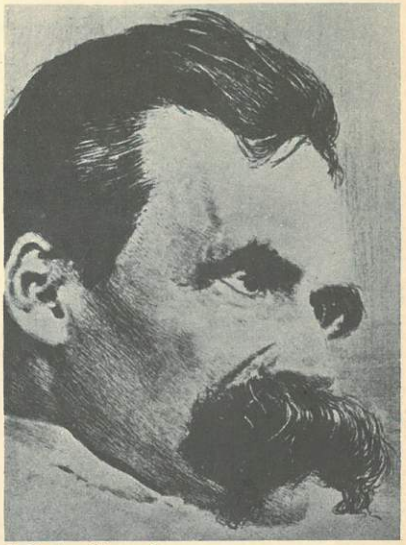
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

con su obra y su influjo un largo período de nuestra vida intelectual. Fue un hombre de ciencia a la vez que un filósofo-moralista, dualidad que no logró conciliar totalmente. Se recibió de médico, pero jamás dejó de lado sus preocupaciones políticas e ideológicas; por eso, a partir de 1914, se fue alejando poco a poco de sus trabajos más cerradamente médicos y científicos. Comenzó siendo socialista, junto a Lugones, con quien fundó en 1897 *La Montaña*, periódico clausurado poco tiempo después por un artículo cuyo título era: "Reptiles burgueses". Influido por Tarde, Spencer, Durkheim y Marx, fue lector voraz y siempre joven de los autores más célebres de su época: Ibsen, Tolstoy, Nietzsche. Además de innumerables artículos y libros sobre psicopatología, biología y criminología, escribió algunos volúmenes que merecen el título de ensayos. Fundó los "Archivos de Criminología, medicina legal y psiquiatría", y a la vuelta de un largo viaje por Europa, la *Revista de Filosofía* (1915), una de las empresas culturales más amplias e importantes de la historia de las ideas en la Argentina.

Fue uno de los líderes de la Reforma Universitaria, a la que apoyó y alentó; participó en el grupo Claridad, formado en la Argentina a imitación del llamado *Clarté*, en Francia, fundado por Anatole France y Henri Barbusse, y que contó con muchos afiliados en Hispanoamérica.

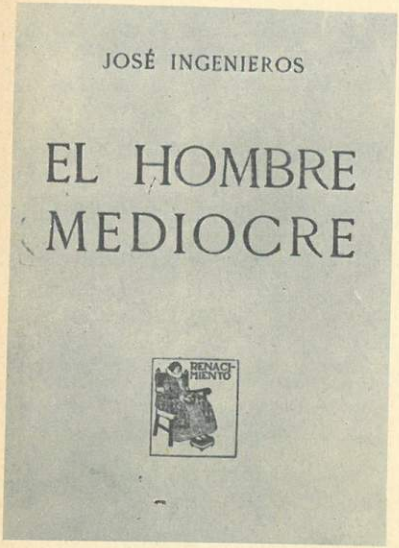
Pocas ideas dan la clave de su formación mental. Fue un evolucionista y un positivista, y entre ambas tendencias oscila su pensamiento. Pero además de pensador fue un hombre de acción y un moralista preocupado por el mundo y el país en que vivió. Creyó siempre que los ideales eran necesarios para el progreso, y como filósofo pensó que las ciencias podían darnos la verdad y los ideales. *La simulación en la lucha por la vida* (1904), pertenece a la literatura moral más que al estudio científico. En una de sus *Crónicas de viaje* (1905), a la vuelta de Europa, proclamó la necesidad de una nacionalismo positivo, del arte nacional y la adopción de una auténtica política nacional. En *Sociología argentina* (1915) mostró que el país había sido determinado por su pasado, poniendo especial atención en su desarrollo económico y en su formación biológica. Esta unión de factores biológicos y estructuras económicas en la consideración de la historia, enriqueció su visión del pasado, dándole la posibilidad de algunos enfoques nuevos. Repitió la actitud antihispánica de Bunge y Alvarez, y demostró cómo el dominio político español fue sustituido muy pronto por el dominio económico europeo y norteamericano. A la colonia política siguió la colonia económica. Pero predecía un futuro esplendoroso a la nación si lograba liberarse del yugo imperialista. Los *Principios de psicología* (1916) —corregida ahora y antes publicada con el título de *Psicología genética* (1911) y *Principios de psicología biológica* (Madrid, 1913)— es un libro inusual, valioso por su síntesis de filosofía, biología y sociología, aun cuando poco es lo que contiene de psicología propiamente dicha. *El hombre mediocre* (1913), que tuvo durante décadas lectores fervorosos en todo el continente, era una verdadera requisitoria contra los hombres sin ideales, porque para Ingenieros el hombre sin ideales es el peor enemigo del progreso. Por eso, todo hombre con poder creador individual posee ideales y los pone en práctica, y los demás miembros de la comunidad asumen éstos como propios. El libro fue una verdadera proclama contra la rutina, el conservatismo y la continuidad muerta de lo heredado. Un verdadero manual de optimismo que se leyó en América latina con admiración discipular. Por fin, no deben ser olvidados sus cuatro extensos volúmenes,

Enrique Ibsen



Federico Nietzsche

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Portada de la primera edición de El hombre mediocre

Evolución de las ideas argentinas, examen histórico a veces penetrante de nuestro desarrollo cultural; sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918); y la serie de discursos y artículos que se recogieron en *Las fuerzas morales.* Tal vez pocas frases puedan sintetizar mejor la actitud de Ingenieros ante la realidad y la vida que aquella suya: "Todo tiempo futuro será mejor".

Discípulo y biógrafo de Ingenieros fue Aníbal Ponce (1898-1938), positivista de izquierda que se ocupó de biología, psicología juvenil y pedagogía. Junto a él debemos citar a Juan B. Justo (1865-1928), otro de los representantes del socialismo marxista en la Argentina, fundador de *La Vanguardia* y el partido Socialista, traductor de *El Capital* (1898) y marxista disidente.

Alejandro Korn (1860-1936) fue sobre todo un gran maestro de saber y de vida. Más que un filósofo era un hombre superior que filosofa, y su mayor legado consistió en cambiar la orientación positivista y determinista que dominaba el pensar teórico argentino. Se preocupó sobre todo por la libertad, los valores y la personalidad humana. Neokantiano y lector de Bergson, la historia de las ideas en la Argentina le debe *Influencias filosóficas en la evolución nacional,* y su visión libérrima y optimista del pensar y actuar humanos está en *La libertad creadora.* Su aporte a la concreción de un pensar filosófico nacional puede leerse en sus artículos: *Filosofía argentina* y *Nuevas bases.* Ha sido también el mentor socrático de algunas de las más claras vocaciones filosóficas argentinas.

Nacionalismo, tradición y antiimperialismo en la generación de 1910: Si Rojas y Gálvez fundamentan una independencia nacionalista de tipo cultural, Manuel Ugarte (1878-1951) fue durante algunas décadas el argentino que más hizo por la unificación política y económica del continente iberoamericano, frente al poderío creciente de los Estados Unidos. Su prédica, lúcida y visionaria está en sus libros: *El porvenir de la América española* (1920), *El porvenir de América latina* (1953), *Mi campaña hispanoamericana* (1922), *La patria grande* (1924), sistemáticamente silenciados en su tierra. Es muy probable que cuando se conozcan sus *Memorias* y se reediten sus libros, se tenga la historia de un destino que continúa virilmente la obra de Martí, y Ugarte pase a ocupar el sitio que le corresponde entre los grandes defensores de "nuestra América".

Manuel Gálvez (1882-1962), Ricardo Rojas (1882-1957) y Leopoldo Lugones (1874-1938) son las figuras más importantes de la generación de 1910, los dos primeros, y de la modernista, el último. Pero como la obra de Lugones ensayista está muy directamente unida a la historia del nacionalismo, deberá ser tratada cuando se estudie este movimiento en el período 1935-1966. Gálvez y Rojas traen a la ensayística argentina un fuerte acento nacionalista, y junto con Ugarte son los verdaderos iniciadores en el siglo XX de lo que luego se denominará nacionalismo a partir de 1930. Entre Rojas y Gálvez hay diferencias fundamentales que es bueno destacar. *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) sirvió para expresar con un seudónimo las ideas del propio Gálvez, defensor de un nacionalismo espiritual que volviera a la fuentes religiosas e hispánicas que reconocía en nuestra cultura. Su prédica mostraba acentos reaccionarios antiinmigratorios, y una tendencia peligrosa a la admonición moral. Para Gálvez, como se ha visto ya al estudiar su obra de narrador, lo nacional auténtico estaba en las provincias; en Buenos Aires solamente se encontraba "un repugnante materialismo". *El solar de la raza* (1913) fue un himno a la grandeza de España y a la revaloración

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

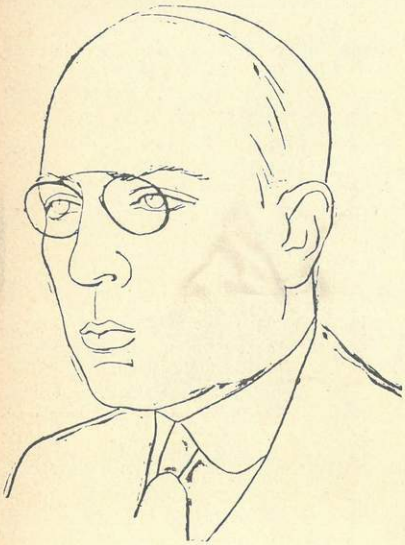
de su herencia: lengua, religión, valores espirituales. Allí reiteraba Gálvez la necesidad de "re-espiritualizar" a la Argentina siguiendo la ética antimaterialista hispana, su concepto diferente de la vida y la muerte, su visión cristiana del mundo. Y terminaba con un elogio de la tenacidad, el estoicismo y la espiritualidad españolas.

El espíritu de aristocracia y otros ensayos (1924) y *La Argentina en nuestros libros* (1935) continúan esta prédica aristocratizante; en el último volumen pedía a los escritores argentino que reflejaran el verdadero rostro del país, y denunciaba la falta de fe de los argentinos y la indiferencia por la creación intelectual. Todo lo moderno molestaba a Gálvez, quien, por ejemplo, condenaba el vivir en departamentos donde no se encuentra el necesario "orden, jerarquía y disciplina". Por fin, *Este pueblo necesita* (1934), colección de artículos periodísticos, pedía para la Argentina juventud, patriotismo, heroicidad, moralidad, ideales, jerarquía (para Gálvez el único que había sentido en la Argentina la jerarquía era el general Uriburu...), estado fuerte y desaparición de los políticos. El libro se cerraba con un elogio de Hitler, Mussolini y Dollfuss, y Gálvez reclamaba para nosotros un estado fuerte y autoritario.

Muy distinto ha sido el pensamiento de Ricardo Rojas. En *La restauración nacionalista* (1909) predicó la necesidad de "encarecer la devoción al ideal como contrapeso de los esplendores materiales", y la de revisar nuestra enseñanza para lograr por medio de ella un renacimiento del espíritu nacional, amenazado por las ideas, creencias y valores extranjeros. Para Rojas el nacionalismo es la confluencia de tres formas del patriotismo: el instintivo, apegado a la tierra; el religioso, que supone lo ético y lo económico, y el político. Y la nacionalidad, escribía, "debe ser la conciencia de una personalidad colecti-

José ingenieros (caricatura de Cao, en Caras y Caretas, el 7-11-1903).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Aníbal Ponce (dibujo de Sigfredo Pastor, 1941)

Manuel Ugarte

va"; y como esta personalidad se fija y define por la escuela, ella debe —fiscalizada por el Estado— dar la conciencia del pasado tradicional y de la comunidad nacional a la que todos pertenecemos.

En *Blasón de plata* (1910) buscó nuestras raíces, y las halló en lo indígena, cuya presencia está en nuestra sangre, nuestra cultura y nuestra historia. Por ello escribía: "¡Desde las mismas raíces de la indianidad somos argentinos!". En 1916, románticamente, intentó definir *La argentinidad*. Con ideología herderiana sostuvo que en la patria, a través de todas las mutaciones y conflictos, existe una fuerza casi milagrosa, un instinto colectivo que impulsó e impulsa al pueblo a la libertad. Por eso sostuvo que el destino democrático de nuestro país no es producto de la voluntad de algunos hombres geniales, sino expresión de una potencia popular ya existente en 1810 en los cabildos, el federalismo y una ideología libertaria que expresó magníficamente el padre Juan Ignacio Gorriti (1768-1841).

Esta construcción ideológica se aplicó en una escala más amplia en *Eurindia* (1924), donde intenta descubrir una personalidad distintiva en América, basada en potencias incontrastables que denominó "fuerzas creadoras de la tierra", que actúan en la vida del hombre y trascienden toda la entidad nacional. En América se funden las fuerzas eternas de lo indígena y el espíritu europeo. Resultado de un complejo proceso histórico, en él se descubren cuatro etapas: lo indígena, el dominio español, la independencia y el cosmopolitismo. Pero además intervienen en ese proceso cuatro factores en constante relación: el territorio, la raza, la tradición y la cultura. Por eso Eurindia es la fusión armoniosa de razas y culturas "que dará fisonomía a todas las expresiones estéticas de la argentinidad". En el *Silabario de la decoración americana*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

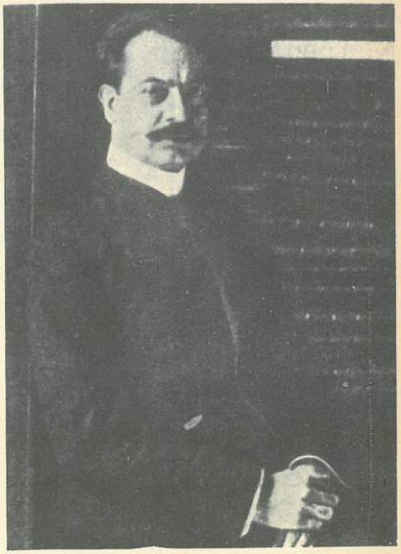
Manuel Gálvez

Portada de La Argentina en nuestros libros, *de Gálvez*

(1930) ilustró esta doctrina en las artes plásticas, y buscó esos rasgos en la himnología indígena, el folklore, el teatro, etcétera.

Rojas fue además una conciencia liberal siempre presta al sacrificio. Así, después de la revolución de 1930, se afilió al partido excluido del gobierno, y desarrolló su historia y sus ideales en *El radicalismo de mañana* (1932). En 1934, como no podía ser de otra manera y como signo de los tiempos, Rojas fue confinado en Usuhuaia durante cinco meses... Su obra de ensayista adolece de poco rigor histórico y de una cierta suma de preconceptos que la hacen cada día menos sólida desde el punto de vista ideológico, pero su vida y su enorme obra escrita siguen siendo un permanente mensaje de optimismo en la grandeza nacional. Intentó la primera exposición amplia de la historia de nuestra cultura, enfocada desde el mirador de lo literario y organizada dentro de un esquema más o menos original, en su famosa *Historia de la literatura argentina*, que deberá estudiarse cuando se analice la historia de la crítica literaria argentina.

El hombre que está solo y espera. — En la generación del 25, muchos de los escritores martinfierristas fueron subyugados por el criollismo, y tanto el malevo como el criollo borgeanos, el gaucho de Güiraldes, el tango y su mitología, fueron todas expresiones de una visión intuitiva de lo nacional. Ya en *Inquisiciones* (1925) y en *El tamaño de mi esperanza* (1926), Borges intentó definir lo criollo. Carlos A. Erro, aunque rechazando el pesimismo spengleriano apuntó una definición del gaucho. Homero Guglielmini (*Alma y estilo*, 1930) escribió "Para una caracterología argentina".



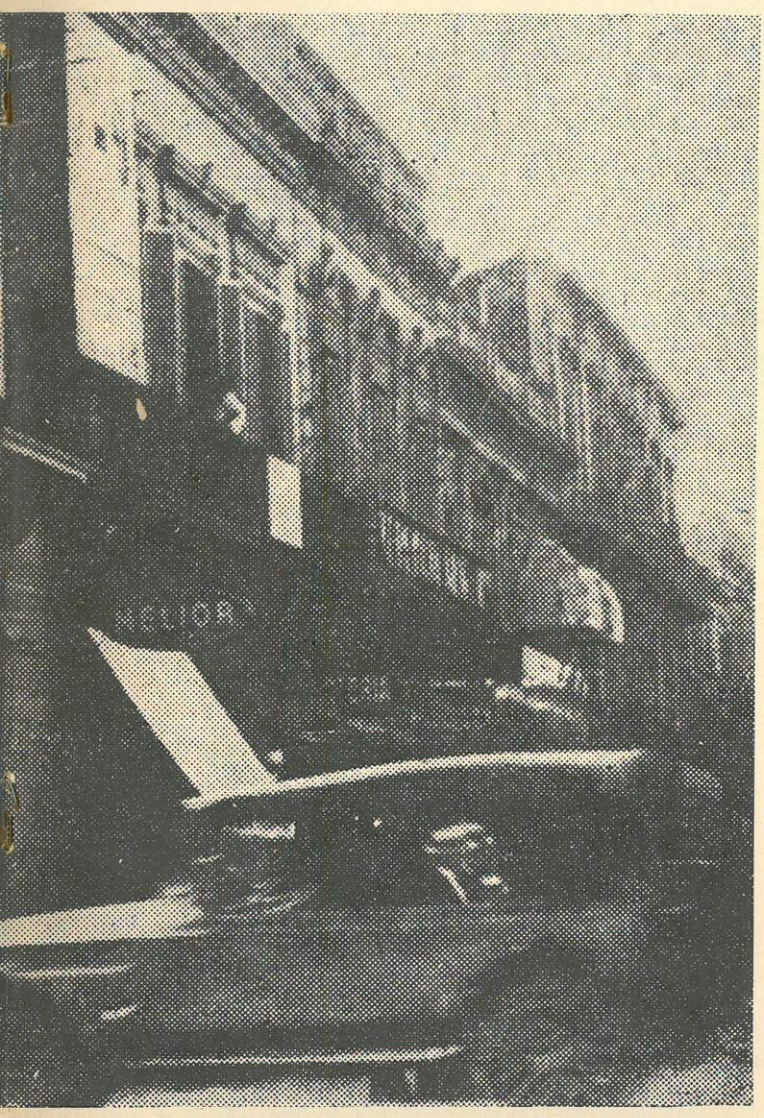
Ricardo Rojas (fotografía de Caras y Caretas)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el prototipo de El hombre que está solo y espera, *libro publicado en 1931, Raúl Scalabrini Ortiz encarnó al porteño típico de Corrientes y Esmeralda, a ese producto híbrido de la oleada inmigratoria que se instala en el medio urbano y lo modifica a su propia medida.*

Corrientes y Esmeralda, esquina tradicional porteña, hace algunas décadas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



La generación de Gálvez

Manuel Gálvez, en Recuerdos de la vida literaria (Buenos Aires, Edit. Kraft, 1946), dice:

"Como es de imaginar, no teníamos una absoluta comunidad de ideas. En política, aunque no actuábamos, excepto Gerchunoff, todos éramos rebeldes: unos, socialistas en diverso grado; y otros, anarquistas o anarquizantes. El tolstoísmo, que era una especie de anarquismo cristiano o pseudo cristiano, influyó en algunos de nosotros, en mí, por ejemplo. En materia estética, más que la comunidad de ideas, nos unían algunos entusiasmos hacia grandes escritores y artistas de la época. En música éramos wagnerianos furiosos. en el teatro odiábamos todo lo convencional, y, naturalmente, simpatizábamos con el 'teatro libre' de Antoine, que por aquellos tiempos estuvo en Buenos Aires con su compañía. En pintura... adorábamos a los primitivos italianos y flamencos, al Greco y a los impresionistas franceses...

Se ha dicho muchas veces que nuestra generación era positivista y materialista, que carecía de inquietudes religiosas. Nada menos cierto, ni más calumnioso. Eran materialistas los estudiantes de Derecho, que tenían por un dios a Spencer y por otro dios a Compte, al que, en general, solo conocían de oídas. Pero en nuestro grupo literario éramos casi todos espiritualistas...

Igualmente influidos por la teosofía, aunque no evolucionaron hacia el catolicismo, estaban Ricardo Rojas, Alfredo López Prieto y Andrés Terzaga. Alberto Gerchunoff, que se expresaba como un terrible ateo y un materialista absoluto, no tardó demasiado en consagrarse a los estudios religiosos...

Mi generación reveló los valores de la argentinidad por medio de La restauración nacionalista; inició, mediante El solar de la raza y Las rosas del mantón, una corriente de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

simpatía hacia la olvidada y calumniada España; difundió por la pluma de Becher y la mía, en tiempos en que nadie se atrevía a nombrar a Dios, ideales y sentimientos religiosos; introdujo en nuestras letras la vida provinciana, con La maestra normal, **los cuentos de Quiroga y las novelas de Hugo Wast; hizo conocer y estimar la literatura argentina y, por la obra de Barrenechea admirar a Nietzsche y a Wagner; impuso a Rubén Darío, a quien habían abandonado sus amigos; y, desde las más altas tribunas, difundió, por las plumas de Echagüe y Chiappori, el gusto, la comprensión de la auténtica belleza en el teatro y en las artes plásticas. Esto es una parte mínima de lo que hemos hecho durante los primeros años de nuestra vida literaria, que si se quisiera referir todo lo realizado después, los libros que hemos publicado, las instituciones fundadas, las ideas que se han desparramado, lo que hemos enseñado de la historia y de las costumbres del país, los ideales que hemos inculcado, y la obra en favor de nuestro idioma y de la cultura general, se necesitarían muchas páginas tan solamente para enumerarlo todo".**

El "hombre de Corrientes y Esmeralda" es uno más en esa galería de tipos forjados por los colaboradores de *Martín Fierro*, irónicamente descriptos por Marechal en su novela *Adán Buenosayres*.

Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1956) publicó *El hombre que está solo y espera* en 1931, pero como el libro fue anticipado ya en 1928, puede considerárselo incluido en la década cerrada en 1930; no sólo por esta circunstancia cronológica, sino porque su actitud optimista y criollista, lo inscribe también en esa corriente. Por eso Adolfo Prieto lo define como "el último epígono del optimismo novecentista".

Scalabrini imagina ese argentino de Corrientes y Esmeralda como un gigante nutrido por el aporte inmigratorio; le asigna grandeza de sentimientos más que inteligencia porque "él presta enorgullecido sus lomos para consolidar la patética edificación del espíritu de la tierra". Scalabrini no definió ni analizó este principio y sus observaciones se ajustan al sociologismo impresionista de Ortega. El libro logró un extraordinario éxito de público y todavía tiene fervorosos lectores. Escrito en prosa sencilla, ofrece agudas reflexiones sobre la vida, las formas de existencia, los valores y las motivaciones de la clase media porteña de la época. Y en muchas partes acierta al analizar aspectos concretos de la realidad nacional. Insiste sobre todo en que el hombre que está solo y espera posee un modo específico de amar, de profesar la amistad, de padecer soledad, de considerar el dinero. Recato, pudor y reserva son para Scalabrini las notas típicas de nuestra vida afectiva; examina además lúcidamente nuestra relación con el poder, el Estado y la Cultura, además del idioma.

La visión del mundo de ese hombre parte, según nuestro ensayista, de una natural desconfianza (motivada por la llanura), la cual justifica una posición relativista frente al tiempo, la vida y la muerte. Esa peculiar actitud ante la realidad lleva al porteño a tratar de modificar el idioma que ha recibido, para adecuarlo a su nueva visión. Todavía hoy el libro sigue siendo una valiosa descripción del argentino medio, urbano, de clase burguesa, enfocado horizontalmente. Un análisis pleno por momentos de aciertos innegables, de un tipo humano en un período determinado; solamente cierto apresuramiento puede llevar a pensar que los caracteres allí anotados son estáticos y permanentes. La obra posterior de Scalabrini, con títulos como *Política británica en el Río de la Plata* e *Historia de los ferrocarriles argentinos*, 1940, fue la contraparte de aquélla. A la visión horizontal sucedió el análisis vertical, histórico, de la situación que rodeaba al hombre solitario y expectante. Pero quien descuella en esta generación del 25 con una violencia que excede en mucho el marco de su época, fue sin duda Ezequiel Martínez Estrada.

Martínez Estrada: Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) es sin duda el más importante de los ensayistas argentinos del siglo XX. Nació en San José de la Esquina, pequeño pueblo de Santa Fe, en el mes de setiembre, y murió en Bahía Blanca, en noviembre. Hijo de padres humildísimos, fue un verdadero autodidacto que, durante largas décadas, trabajó en un puesto burocrático del Correo Central de Buenos Aires. En 1924, cuando llevaba publicados varios libros de poemas, Rafael Alberto Arrieta lo hizo nombrar profesor de literatura en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. Enseñó allí hasta 1945, en que voluntariamente dejó la enseñanza porque "Ni se vio desde los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Banquete de homenaje a Raúl Scalabrini Ortiz, en ocasión de la edición de El hombre que está solo y espera *(1931). En la cabecera de la mesa están Macedonio Fernández, Scalabrini Ortiz y Alfonsina Storni.*

Portada de una edición de El hombre que está solo y espera, *con un dibujo de José Sebastián Tallon*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ezequiel Martínez Estrada

tiempos de Rosas un cuerpo docente, de venerables académicos, postrado ante un gangster llevado en andas por sus congéneres, que predicaba a la juventud argentina el deber presente y futuro de convertir al país en un arsenal y en un burdel. Se encomiaron allí las teorías, si se les puede llamar así, de la guerra de exterminio total de von Clausewitz, von Schlieffen, von Bernhardi y otros apóstoles de la barbarie" *(Las 40)*.

Entre 1950 y 1955 una cruel enfermedad desconocida lo mantuvo postrado en camas de hospitales.

A fines de 1927 viajó a Europa con su mujer, Agustina, y recorrió Italia, Francia y España. Desde 1933 a 1940 una crisis íntima le impidió escribir y se dedicó al estudio del violín y el ajedrez, temas sobre los cuales compuso más tarde sendos volúmenes inéditos.

En 1959 viajó a México donde enseñó un año y en 1960 a Cuba; permaneció un año en la isla trabajando en su enorme obra sobre Martí: "Convertida mi jubilación en papeles de fábrica por las infatigables cecas del Fisco, me vi compelido a buscar en el extranjero algún recurso suplementario que mitigara mi penuria...".

Su viaje al Caribe y un discurso pronunciado en 1960 con motivo de los 18 años de la revista *Cuadernos Americanos*, hizo que cayera sobre él la calumnia de haber renunciado a su ciudadanía. Varios escritores argentinos lo atacaron duramente y él se defendió escribiendo en *Marcha* de Montevideo que "la libertad para el pueblo de Cuba consiste en decidir su destino y no en cambiar de amo" y que su patria no estaba determinada por el Registro Civil. Además, declaró públicamente que no aceptaba ninguna acusación de comunismo porque "no quiero mancillarme admitiendo la dictadura del proletariado ni la dictadura de ninguna otra clase". Pocos meses antes de morir se definió a sí mismo como "un cristiano fuera de la Iglesia... esto es, un partidario de la libertad y la dignidad humanas".

Cuando murió, en una de esas tristes y lluviosas tardes de Bahía Blanca, acompañaron su féretro treinta personas.

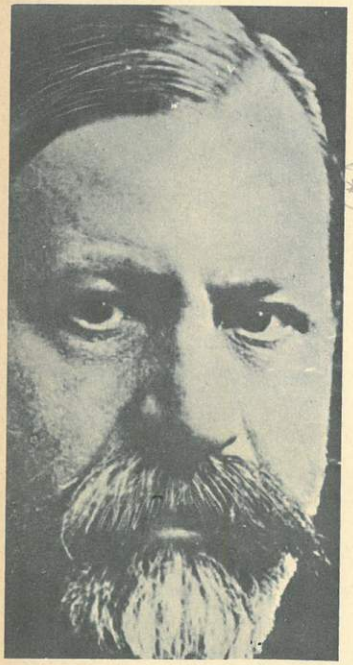
Su obra: Toda la obra en prosa de M. Estrada refleja su visión del mundo, contradictoria y pesimista, y está signada por una preocupación constante en torno al país. Cultivó todos los géneros, el teatro, el cuento, la poesía, con éxito dispar. Pero sus libros fundamentales son los que testimonian su actividad de ensayista: *Radiografía de la Pampa* (1933), *La cabeza de Goliath* (1940), *Sarmiento* (1946), *Invariantes históricos en el Facundo* (1947), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948).

Formado sobre todo en la lectura de Nietzsche, al que dedicó varios estudios, en 1958 confesó que gran parte de los métodos y esquemas usados en la *Radiografía*, su obra básica y esencial, le fueron inspirados por Simmel, Spengler y Freud. Pero es evidente que la mayor parte de sus determinismos telúricos parten de Keyserling. En lo que respecta a autores argentinos, la obra fue compuesta partiendo de hechos ya señalados por Sarmiento y Alberdi y sociológica e históricamente estudiados por Juan A. García, Juan B. Justo, Bunge e Ingenieros, entre otros.

Pero, además, de lo antes visto y analizado, Martínez Estrada plantea una visión del país que en amplitud y riqueza de enfoques superó todo lo intentado —antes y después— en la historia de nuestra ensayística.

El mérito del autor estuvo en sistematizar y ordenar en un esquema ideológico toda esa suma de elementos individuales, y en expresarlos en una prosa personalísima, de gran riqueza estilística. La más restallante nota de su estilo es la paradoja frecuente y certera, que acuña en fór-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Sigmund Freud

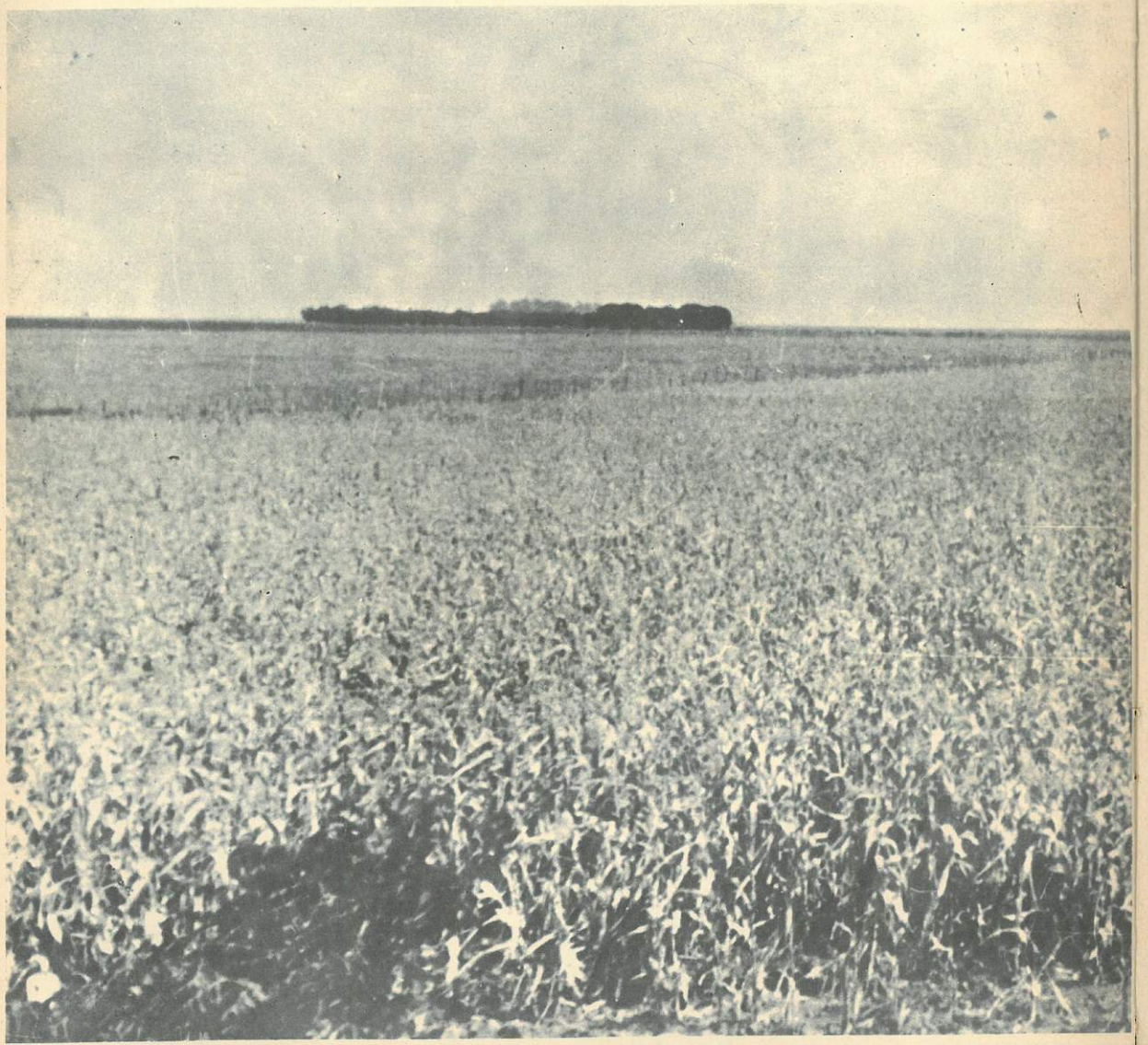
mulas de rica fuerza asertiva conclusiones no siempre compartibles. La magia de su estilo comunica al lector, insensiblemente, un peculiar estado de ánimo: la conciencia indignada de un moralista descontento que enfrenta con tristeza y pesimismo una realidad indomeñable, mancjada por fuerzas que niegan la justicia, la verdad, el amor, la belleza y la fe. Esta es la diferencia esencial que separa a nuestro ensayista de sus maestros del siglo XIX. Mientras Sarmiento y Alberdi denunciaban males nacionales con intención transformadora esperanzada, Martínez Estrada es la voz acusadora del que cumple dolorosamente un deber moral y lúcido: describir una realidad abyecta, con sus miserias y sus mentiras, porque "Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud".

La *Radiografía* es una ácida exposición de los males argentinos, de nuestras fallas éticas, de nuestra pobreza espiritual, de la falsedad de nuestros valores y de la absoluta carencia de autenticidad de nuestra vida toda. Este enfoque totalizador (que lleva generalmente a un balance negativo) está ordenado a partir de fuertes determinismos. Martínez Estrada acepta como un hecho indiscutible que esta parte de América jamás perteneció a la historia. Su constitución geológica y su situación geográfica son irrevocables, y engendran fuerzas tectónicas primitivas, que convierten a toda labor civilizadora en un intento vano destinado a recaer en la barbarie. La enormidad geográfica vacía se expresó espiritualmente como soledad y temor primitivos, tanto en el indígena como en el conquistador español. Esa soledad llevará al castellano a perseguir sueños irrealizables y a un afán desmesurado de posesión.

Hermann Keyserling

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Radiografía de la pampa, *el libro de Martínez Estrada que descubrió a muchos argentinos un país ignorado por la historia y la política oficiales, constituye una ácida presentación de las miserias morales y espirituales argentinas y de su repercusión individual y psicológica.*



Paisaje de esa pampa que es ámbito y tema fundamental del más famoso libro de Martínez Estrada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

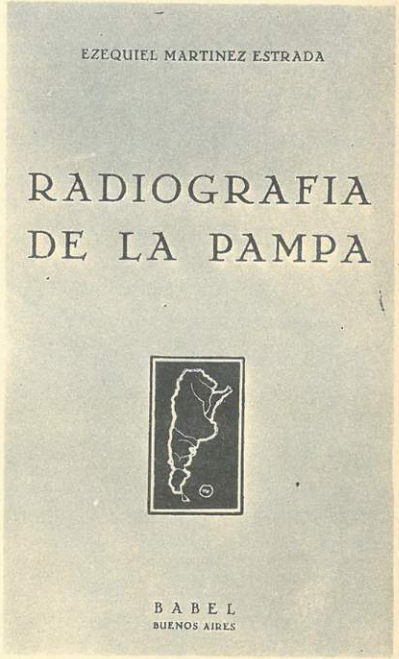
Como no encontró oro debió conformarse con vastas extensiones y con sus frutos: cereales y ganado. Pero la tierra le impuso, en cambio, "terribles condiciones: el espíritu errátil, el afán de acumular, la idolatría de las cantidades inmensas, la prisa por marcharse, la vergüenza de la pobreza, la disolución del hogar, la imposibilidad de la cultura basada en el simple respeto, y la vaciedad del amor".

La explotación del ganado explica el uso del cuchillo, el degollamiento como método de ejecución, la crueldad y la admiración por el caballo. Porque lo rural incide en nuestra existencia: "Hay una forma de comerciar, de contratar, de emparentar, de estar melancólicos, de amar, de bailar y de mirar las cosas que tiene el estilo de esa materia viva o muerta. Entre el gobierno y el manejo de una estancia; entre el funcionario y el capataz; entre las ciudades y los frigoríficos hay estrechas similitudes... olor de sangre fresca y de frescos y lejanos alfalfares impregna la política, las finanzas, el ejercicio de los cargos, la enseñanza, la literatura y la amistad". Por eso nuestras grandes fiestas son el Hipódromo y la Exposición Rural: "Nada de lo que concierne al caballo nos es extraño".

El español poseerá, cargado de desprecio, a la india. De allí saldrán los mestizos que, conscientes de su pasado vergonzoso, despreciados por su padre, resentidos, darán nacimiento al gaucho y a *lo gauchesco*, invariante histórico fundamental en su obra sobre *Martín Fierro*, y en toda su interpretación de la realidad nacional. Lo gauchesco explica nuestras guerras civiles y caudillos (de Rosas a Perón), nuestra tendencia a despreciar las normas, la familia, la inteligencia. Esa degradación inicial de la mujer explica nuestro actual desprecio por todo lo femenino.

El temor de indios y conquistadores aflora en nuestros pueblos del interior, en nuestras casas de departamentos, en la falsa y doble amistad que profesamos y entre los pueblos sudamericanos. Pero también ese temor indefinido dominaba a nuestros héroes de la Organización. Deseosos, como Sarmiento (el gran soñador), de cubrir ese caos bárbaro y darle sentido con la grandeza material, levantaron seudo estructuras (jurídicas, económicas, culturales) para reemplazarlo. Pero como ellas "no nacen de la totalidad de los instintos o de las disposiciones, sino que forman una costra adoptada", estas falsas estructuras "funcionan con cierta anomalía y se mantienen en un equilibrio precario..." Y el estado normal del país es la inestabilidad y la incertidumbre. Sus habitantes huyen de esa incómoda situación aferrándose también a ilusiones mistificadoras: el lujo, la ostentación, el poder, la riqueza, la apariencia de cultura.

La falsedad profunda de nuestra existencia nacional se proyecta a la totalidad de la vida del país. Ya que la Argentina está basada en seudoestructuras, los valores que nos sustentas son falsos, "una caterva de opiniones erradas y de sentimientos apócrifos". Todo ha sido contaminado por esta ínsita falsedad argentina: la vida íntima, la política, la ciencia y el arte, la economía, adoptan rasgos que no corresponden a lo real. Y esta deformación permanente de la verdad tiene un motivo: la neurótica necesidad de ocultar la barbarie natural, constitucional, que nos caracteriza, mediante una civilización sin arraigos en la sociedad argentina. Por eso, para Martínez Estrada la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie carece de sentido. Nuestra realidad es una sola, y su interpretación solamente puede ser monista. Sarmiento, "encarnación plena de lo bueno y de lo malo de su país", deseoso de superar ese mundo, levanta contra él "falanges de combate contra la realidad,



Portada de la primera edición de Radiografía de la pampa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

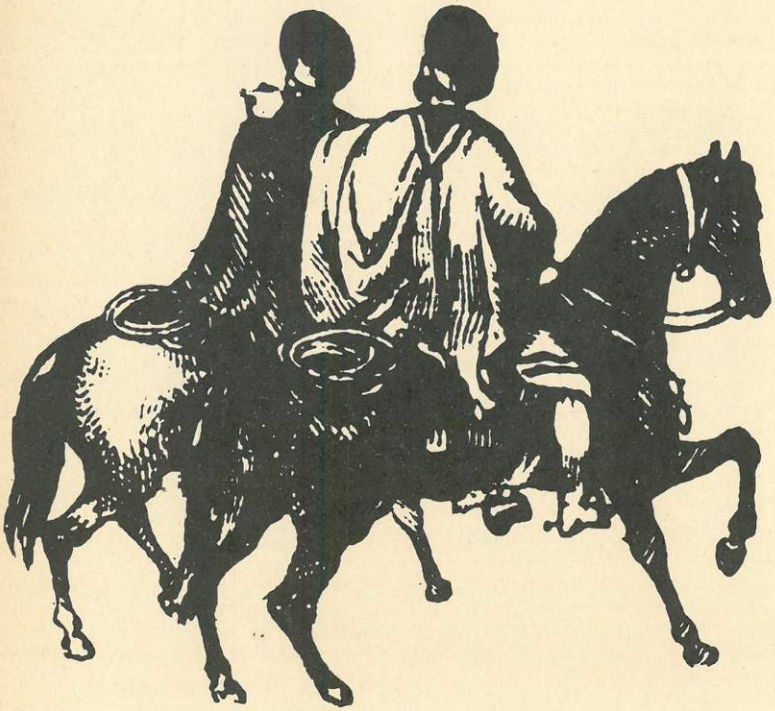


Ilustración para el Martín Fierro, *que muestra a Fierro y a Cruz*

la afirmación de *otra realidad*... El creador de nuevos valores es un producto, por reacción, de barbarie" *(Sarmiento)*. Es un fundo inorgánico y anárquico que ha cubierto su rostro con las caricaturas de la civilización. Esa antinomia permanente entre un alma bárbara y un conjunto de valores en los que no cree, explica nuestro caos político, la ocultación de la verdad, la persistente crisis de nuestra existencia como nación.

Esta interpretación de Martínez Estrada, que vertebra toda su obra, justifica el hecho de que ella sea, en gran parte, un constante análisis crítico de las ideas y el significado de Sarmiento.

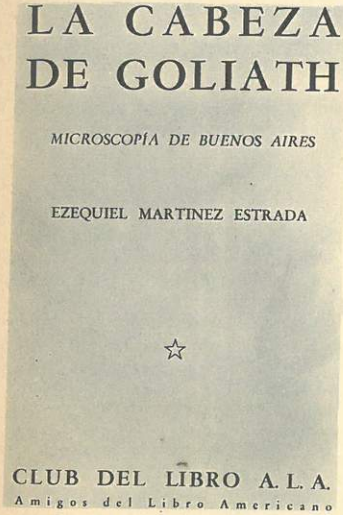
Los libros posteriores de Martínez Estrada —entre los que hay que citar *La cabeza de Goliath*, especie de continuación de la *Radiografía* referida al ámbito urbano— sobre el país son, ya análisis que amplían esos postulados aplicándolos al siglo XIX; así la parte histórica de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, el mejor libro de crítica literaria sobre un poema argentino, ya enfoques polémicos en torno a la realidad contemporánea: *¿Qué es esto?* y *Cuadrante del Pampero* (1956); *Las 40* y *Exhortaciones* (1957).

Como bien escribió él mismo, su obra debe ser considerada como "la de un artista y un pensador". Y es así.

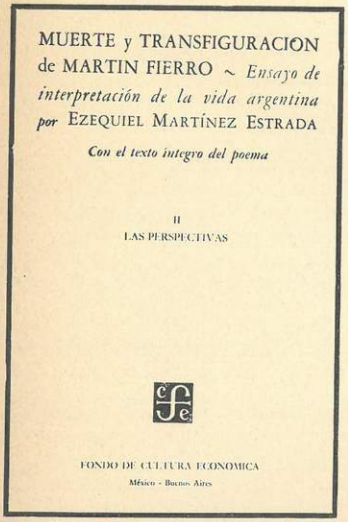
Tanto la *Radiografía* como la *Muerte y transfiguración*, no son libros "científicos". Ni usan un método riguroso, ni persiguen la demostración experimental. Pero no pueden, so pena de dejar de ser lo que quisieron ser, considerarse como lo hace Pucciarelli (*Sur*, Nº 265), las manifestaciones líricas de un poeta o los apóstrofes grandilocuentes de un moralista.

Por su estilo se levantan a un plano difícilmente comparable en el ensayismo hispánico. Por su carga espiritual nacen en el alma de un pensador para quien la verdad, la justicia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Portada de la primera edición de La cabeza de Goliath



Portada del segundo tomo de la primera edición de Muerte y transfiguración del Martín Fierro

y la belleza, en la vida y en las obras y en el juicio sobre el mundo, constituían el valor más alto. Pero también suponen una acuidad y amplitud críticas, una capacidad de percepción, observación y comprensión de la realidad nacional, que ningún otro escritor ha tenido en este siglo entre nosotros. Su idea de la historia es matizada; herderiana en la aceptación del influjo y condicionamientos geográficos sobre el hombre, a ella se suman luego los factores étnicos y morales. Con lo cual es difícil aceptar que niega la libertad del hombre; la ve condicionada probablemente hasta un punto no totalmente aceptable.

Los pivotes básicos de su pensar histórico han sido, en general bien señalados por Sebreli: determinismo geográfico, concepción cíclica de la historia, resentimiento étnico como motor de la misma, irrealismo político y anarquismo humanitario. Sebreli, sin embargo, exige a las ideas de Martínez Estrada una coherencia y finalismo fáctico que jamás tuvieron ni persiguieron.

Martínez Estrada representa, hasta la exageración, la libertad total del pensador y del crítico que, con una visión moral de la realidad y del mundo, y dotado de una poderosa intuición de lo real, se lanza a la comprensión de nuestro mundo examinándolo en su pasado y en su presente. Y lo hace con un encuadre ideológico inferior en calidad y agudeza a los aspectos parciales brillantemente observados. Porque hay una evidente desproporción, tanto en penetración como en finura valorativa, entre el determinismo y los supuestos históricos generales de su obra, y los admirables análisis descriptivos, casi fenomenológicos a veces (la justicia, la religión, el cuchillo), de muchas realidades individuales. Siempre vale más la descripción, el examen denunciatorio y sincero de los hechos, las taras, las mentiras, que su inser-

La vida cotidiana de Martínez Estrada

"Será necesario insistir bastante para que no se dude mañana cuando se refiera que estos días nuestros maltrataron de tal modo al crítico-profeta que durante más de veinte años, su vida se desempeñó así: a las 5 se levantaba y a las 7 ya estaba en el tren que lo llevaba a La Plata a dictar lecciones en el Colegio Nacional hasta mediodía. Al filo de las 13, regresaba a Buenos Aires, para comparecer en su puesto burocrático en el Correo Central, que lo retenía hasta las 20. Después de esa hora, la tercera jornada del día, la suya, enteramente suya, de solitario recreador intelectual del drama argentino. Nada le daba tiempo para reponer energías. La obstinación —sin resentimientos— las renovaba. La obstinación y algo más: algo que está radicado en la índole y naturaleza mágica del Profeta".
(Dardo Cúneo, en Aventura y letras de América Latina, 1964, p. 143. El artículo de donde se extrae la cita fue publicado en 1955).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"Colombina-Pierrot-Arlequín-Polichinela" (dibujo de Martínez Estrada para su propio libro Títeres de pies ligeros, *1929)*

'Colombina y Pierrot" (dibujo de Martínez Estrada para Títeres de pies ligeros)

ción en la totalidad del desarrollo histórico, económico o social.

Sería miope no reconocer la suma inmensa de aspectos exactamente vistos y denunciados por nuestro ensayista en la difícil realidad que enfrentaba. Desde la dependencia económica del país a través del ferrocarril y los capitales y la exportación extranjeras, hasta las costumbres, nuestra vida intelectual, el fútbol y o el periodismo provinciano, todo ha quedado allí visto con garra de escritor comprometido, capaz de descubrir y captar aspectos donde otros habían visto solamente una lisa supeaficie sin problemas. Lo que ocurre es que para Martínez Estrada, el compromiso, antes que estar dirigido a transformar la realidad (cosa que también le interesaba), era una forma de servir a la justicia, la libertad y la felicidad humanas. Y constituía, de alguna manera y en primer lugar, un deber personal del escritor para consigo mismo, para su concepción de la alta misión que le correspondía en su carácter de pensador, de artista, de conciencia libertaria y libre.

Podrá decirse, quizás, que intelectualmente fue un anarquista deseoso de libertad total para el otro. Por eso enfrentó y criticó con dureza el creciente poder del Estado sobre el individuo, de los medios de masificación sobre los ciudadanos, de la distorsión que la técnica y los hombres han ejercido sobre medios inicialmente creados para la dignificación, el enriquecimiento espiritual y la liberación del hombre. Por eso, muchos males típicos de la civilización del siglo XX creyó verlos encarnados solamente en la Argentina, cuando correspondían en rigor a un proceso mundial de empobrecimiento y dominación humanas *(Las 40)*.

Ha sido el gran molesto, la voz disgustante, agria y peligrosa que siempre decía lo que nadie quería escuchar. Cuando las ilusiones y las grandes frases envolvían aún la vida ar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gentina, Martínez Estrada se hace oír en 1933 para denunciar que había muchas cosas podridas en Dinamarca, que el rico y creciente país de las vacas y el trigo era una burocrática mentira. Hasta poseyó, en esos años, la calidad del profeta. Y en un momento en que tratar con mesura y objetividad al peronismo era de mal tono, Martínez Estrada estudió desde su visión personal sus defectos y sus aspectos positivos con una mesura que irritó tanto a un bando coal otro.

Su vida, tan activa y plena, es la de un escritor valeroso que supo cumplir siempre con la dura y responsable vocación de decir aquello que creyó justo, de impugnar aun irritatando a la mayoría, de encrespar a las conciencias tranquilas, a los mesurados y los grises, a los detentadores del poder. Nadie, entre nosotros, a excepción de Sarmiento, encarnó la acción a través de la palabra como este hombre que en los últimos años, ya anciano, se encontró solo y olvidado entre los suyos. Y era tan joven a los sesenta años largos, que con un cuerpo débil y enfermo hasta tuvo fuerzas y valor para irse a Cuba, donde trabajó afiebradamente, con una alegría y un entusiasmo increíblemente juveniles, en favor de aquello que creyó justo y contra lo que juzgó malo y perjudicial para su América latina. Es difícil aceptar que su vida pueda ser juzgada como "una pasión inútil" (Sebreli). En todo caso Martínez Estrada se negó siempre a ser un instrumento de cualquier fuerza o partido político enquistado en una parcialidad extrema, tanto de izquierda como de derecha. Sostuvo que los fines determinan los medios y prolongando una meta de idealismo liberal que formaba parte de la contradictoria trama de su formación intelectual, combatió todo aquello que, a su juicio, estuviera por encima de la dignidad del hombre, de la justicia, de la verdad y de la belleza.

Ezequiel Martínez Estrada

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bibliografía básica

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Crawford, William Rex, *A Century of Latin-American Though*. Harvard, 1961.
Zum Felde, Alberto, *Indice crítico de la literatura hispanoamericana, El ensayo y la crítica*. México, 1954.
Ricaurte Soler, *El positivismo argentino, Pensamiento filosófico y sociológico*. Panamá, Imprenta Nacional, 1959.
Marsal, Juan F., *La sociología en la Argentina*, 1963, espec. pp. 135-60.
Pro, Diego F., "Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino", *Universidad*, Nº 51, Santa Fe, 1962.
Mead, Robert G., *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. México, De Andrea, 1956.
Pensadores progresistas en América Latina (siglo XIX y principios del siglo XX). Moscú, Academia de Ciencias, 1965.

De MARTINEZ ESTRADA

Obras en volumen-Poesía
Oro y piedra, Buenos Aires, 1918.
Nefelibal, ibídem, 1922.
Motivos del cielo, 1924.
Argentina, 1927.
Títeres de pies ligeros, 1929.
Humoresca, 1929.
Poesía, 1947 (reúne *Oro y piedra, Nefelibal, Motivos del cielo, Argentina, Títeres de pies ligeros y Humoresca*).
Coplas de ciego, 1959.

Obras en volumen-Ensayística
Radiografía de la pampa, 1933.
La cabeza de Goliath (microscopia de Buenos Aires), 1940; segunda edición aumentada, 1947.
Panorama de las literaturas, 1946.
Sarmiento, 1946.
Los invariantes históricos en el Facundo, 1947.
Nietzsche, 1947.
Muerte y transfiguración de Martín Fierro (ensayo de interpretación de la vida argentina), México, 1948, 2 vols.; 2ª edición, con pequeñas modificaciones en la ordenación, ibíd., 1958.
¿Qué es esto? (catilinaria), 1956.
Cuadrante del pampero, 1956.
Exhortaciones, 1957.
Las 40, 1957.
Heraldos de la verdad, 1957.
El hermano Quiroga, Montevideo, 1957.
Análisis funcional de la cultura, La Habana, 1960.
El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson, México, 1961.
Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina, México.
Familia de Martí, La Habana, 1962.
Diario de Campaña de José Martí, La Habana, 1962.
El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba, México, sobretiro de Cuadernos Americanos, 1963.
En Cuba y al servicio de la Revolución cubana, La Habana, 1963. Reeditado con el título *Mi experiencia cubana*, Montevideo, 1965.
Realidad y fantasía en Balzac, Bahía Blanca, 1964.
Antología, México, 1964.
Martí: El héroe y su acción revolucionaria, México, 1966.
La poesía afrocubana de Nicolás Guillén, Montevideo, 1966.

Obras en volumen-Narrativa, etc.
La inundación, 1943.
Tres cuentos sin amor, 1956.
Marta Riquelme, Examen sin conciencia, 1956.
La tos y otros entretenimientos, 1957.
El verdadero cuento del Tío Sam (con dibujos de Siné), La Habana, 1963.

Teatro
Tres dramas (Lo que no vemos morir - Sombras - Cazadores), 1957.

Cuando no se indica lugar de edición, debe entenderse Buenos Aires.

Sobre MARTINEZ ESTRADA

Agosti, Héctor P., "Otra vez Sarmiento", en *Expresión*, año II, Nº 6, Buenos Aires, marzo de 1947.

Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1954.

Canal Feijoo, Bernardo, "Radiografías fatídicas", en *Sur*, año VII, Nº 37, Buenos Aires, octubre de 1937.

Ciudad, Número dedicado a Martínez Estrada, Nº 1, Buenos Aires, 1955.

Contorno, Número dedicado a Martínez Estrada, Nº 4, Buenos Aires, diciembre de 1954.

Cúneo Dardo, *Aventura y letra de América Latina*, Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1964.

Ghiano, Juan Carlos, *Poesía argentina del siglo XX*. México-Buenos Aires, 1957.

González Lanuza, Eduardo, "Ezequiel Martínez Estrada: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*", en *Sur*, Nº 176, Buenos Aires, junio de 1949.

Murena, H. A., "La lección de los desposeídos", en *El pecado original de América*. Buenos Aires, 1954.

Pla, Roger, "Martínez Estrada", *Comentario*, Buenos Aires, enero-febrero 1967.

Rodríguez Monegal, Emir, *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires, 1956.

Romero, José Luis, "Ezequiel Martínez Estrada: Sarmiento", en *Cuadernos Americanos*, México, mayo-junio de 1949.

Sebreli, Juan José, *Martínez Estrada: una rebelión inútil*. Buenos Aires, Palestra, 1960.

Soto, Luis Emilio, *Crítica y estimación*, Buenos Aires, 1938.

Stabb, Martín S., "Martínez Estrada frente a la crítica", *Revista Iberoamericana*, Nº 61, México, 1966.

Sur, Número de homenaje a Martínez Estrada, Nº 295, Buenos Aires, 1965. Trae una bibliografía, no exhaustiva, reunida por Aldo Prior.

Tobar, Antonio, "Introspección de la Argentina en el escritor Martínez Estrada", *Revista de Estudios Políticos*, Nº 49, Madrid, 1950.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Santiago del Estero. - Enrique Policastro, 1953 (Museo Municipal de Artes Plásticas "Eduardo Sívori")

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este fascículo, con el libro LA CABEZA DE GOLIAT, de Ezequiel Martínez Estrada, constituye la entrega Nº 44 de CAPITULO
Precio del fascículo más el libro: $ 160.-

Todas las semanas

CAPITULO

le ofrece la más moderna e ilustrada

HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA

y una obra completa y representativa de la

BIBLIOTECA ARGENTINA FUNDAMENTAL

Estas son algunas de las obras importantes que publica CAPITULO:

Martín Fierro - J. Hernández
La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga
El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar
El matadero y La cautiva - Echeverría
Amalia - Mármol
Facundo - Sarmiento
Santos Vega - Ascasubi
Una excursión a los indios ranqueles - Mansilla
La gran aldea - Lucio V. López
Juvenilia - M. Cané
Sin rumbo - Cambaceres

Poesía y prosa - Almafuerte
Antología de la poesía modernista
Antología de la prosa modernista
La gloria de Don Ramiro - Enrique Larreta
Los gauchos judíos - Alberto Gerchunoff
Raucho - Ricardo Güiraldes
Florida y la vanguardia
Boedo y el tema social
Un guapo del 900 - Samuel Eichelbaum
La sala de espera - Eduardo Mallea
Informe sobre ciegos - Ernesto Sábato

CAPITULO

todo el país
a través de toda
su literatura

© 1967 Centro Editor de América Latina S.A. Avda. de Mayo 1365 — Buenos Aires.
Impreso en la Argentina — Printed in Argentina — Hecho el depósito de ley.
Impreso en los Talleres Gráficos de Sebastián de Amorrortu e hijos S.A.,
calle Luca 2223, Buenos Aires, en mayo de 1968.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar